

Voces y Ecos

Este será el aperitivo de 1962



Los «barman» reunidos en Aosta han preparado la nueva moda del aperitivo para 1962. Usan principalmente ginebra y «bitter». Conozcan algunos de los presentados con más éxito:

- 1.º Nombre: «En plein». Hielo. Un tercio de ginebra, un tercio de «bitter» y un tercio de Genepey (licor fuerte, destilado de hierbas aromáticas). Una guinda como guarnición y una mondadura de limón.
- 2.º Nombre: «Spogliarello». Se mezclan tres sextos de ron de Jamaica, dos sextos de gin y un sexto de angostura. Guarnición obligatoria: una cereza.
- 3.º Nombre: «Amistad». Dos cuartos de tequila mejicana, un cuarto de jugo de limón y un cuarto de «bitter». De guarnición: una cereza.

González Ruano prefiere los libros de Memorias, pero de personajes importantes

César González-Ruano, del que la fama dice que en su juventud fue desordenado, es hoy un escritor disciplinado, que se ha impuesto una tarea y la cumple con precisión matemática. Cada mañana acude a un café —del que ha hecho su despacho—, y en una mesa, calladamente, borda esos artículos que después leemos ávidamente en los periódicos. Llega temprano, con cara de sueño, pide un café y se lanza a la tarea. He aquí parte de un diálogo sostenido con un periodista madrileño. Habla César González Ruano:

—Perdone; pero vengo dormido, como un bombero al que despertara la campana... Sabía que me buscaba usted. No es buen momento ahora; yo vengo aquí como un funcionario a su despacho; pero, en fin... ¿Preguntaba usted qué estoy leyendo ahora?... Pues, sí; acabo de terminar un libro extraordinario; lo he leído por segunda vez: «El gato pardo del príncipe de Lampedusa»... ¿No lo conoce?... Léalo...

—Ruano, ¿tiene usted preferencia por algún tema determinado?

—Sí; ahora prefiero los libros de Memorias, viajes, correspondencia... Cosas de la gente; de la gente importante, claro.

Acude el camarero con un café y el periódico.

—El libro ideal, para mí, se entiende, y en sentido general, sería el que reuniese las confesiones más sinceras de un hombre, y aún mejor, de una mujer...

Menos médicos en Estados Unidos

No obstante el continuo aumento en el número de los estudiantes en las Universidades norteamericanas, son pocos los que en proporción eligen la carrera de Medicina. Según algunos expertos, la crisis se debe a la excesiva longitud del período de estudios y los gastos excesivos que se exigen a los alumnos.



Entre 1949 y 1959 los estudiantes de Medicina, además de haber disminuido en un 37 por ciento, han mostrado también una disminución en su calidad. En los Estados Unidos los estudiantes que escogen esta carrera deben estudiar entre nueve y quince años y deben imponerse más sacrificios pecuniarios que en cualquier otro tipo de estudio, y además el título no ofrece posibilidades inmediatas de progresos y ganancias semejantes a los de otras profesiones.

Después de cuatro años de estudio, un ingeniero viene a ganar por término medio 6.000 dólares al año. El estudiante de Medicina, durante este período debe atender a su vida material, pagarse los libros y los derechos universitarios. Aún después de haber obtenido el título, los jóvenes médicos se ven obligados durante cierto plazo de tiempo a realizar prácticas y a trabajar por un estipendio trisorio. Finalmente, debe considerarse el hecho de que el 70 por ciento de los estudiantes de Medicina en los Estados Unidos están casados y durante su época de estudios se ven obligados a atender también a las necesidades familiares.

Esta situación particular de crisis explica también las facilidades que se ofrecen a los médicos extranjeros que practican su profesión en Norteamérica.

OBROEROS SIN ESPECIALIZACION

SE PRECISAN para actividad industrial situada a 18 kilómetros de La Coruña, realizando diariamente el viaje de ida y vuelta en vehículos de la Empresa

Informes: AVENIDA MARINA, 35-1.º

Sobre ideas de otros

EL OCCIDENTE Y DIOS

No tenemos culpa —y creemos que si disculpa— de que sean las ideas vertidas por José María Pemán, revestidas de fecundo ingenio, las que más frecuentemente nos reiteran en la glosa coincidente. Está muy reciente y sonorizada en la mente su concienzuda elucubración sobre el reinado de Dios. Es El quien con una doctrina propia fundó una civilización progresiva, afirma Pemán. Y lo razona espléndidamente.

Nosotros enloquecamos al Occidente, de donde hoy brota toda la luminosidad civilizadora —no se discuta—, el modo de pensar católicamente del insigne cronista, su más indiscutible título.

El denota la ausencia de Dios en las orientaciones de los sinos políticos y la que llamáramos sin irrespetuosidad manida sentencia «dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César», que es dar su parte a la razón y su parte a la fe, sostiene que «la convivencia de estas tensiones naturales al lado de las sobrenaturales es lo que da al cristianismo su dinamismo progresivo. A seguida viene la afirmación innegable: «pero el mundo occidental ha inventado lo que no se le había ocurrido ni al paganismo: una sociedad laica que prescinde de Dios.»

La cita de Epicteto, «Dios no es extraño a la obra del Universo», concorde con el principio dogmático de la Creación, revela la maravillosa visión, antes de Cristo, de la mano de Dios confeccionando al mundo terráqueo y sideral.

Pemán, con esa imaginación cálida y certera que le caracteriza, pone el ejemplo de la admiración que inspira una obra —por ejemplo la pictórica de un Velázquez o un Goya— en la contemplación de su factura y cómo late en esta contemplación física —digámoslo así— el sentimiento de la fastuosa existencia de su autor. Y viene la deducción atinadísima: «sólo la revolución ha querido hacer del mundo una exposición —de creaciones artísticas, en vía de ejemplo— hospiciaria, olvidada de su autor.»

Fue un político francés, desabrido y mandón, quien dijo, siguiendo a Ferry en su apotegma blasfemo, de que la finalidad de la Revolución es organizar la sociedad sin Dios; el que dijo que la Revolución precisaba cambiar el espíritu católico.

De ahí vino en lo contemporáneo el disparate de la diosa Razón, mantenido todavía en las naciones más civilizadas, en contrario a los pueblos retrasados que conservan aún idélicas el sentimiento de una divinidad. Y mahometanos y budistas. El cristianismo en su apogeo fomentó las bases del progreso civilizatorio y su obra fundamental creó las normas sociales, el adelanto, la ciencia, la libertad, la convivencia igualitaria, el perfeccionamiento del Derecho, recogido y desarrollado desde la cuna romana.

Nada de esto puede olvidarse, aunque lo sea en «las frías operaciones autodeterminadas de las Naciones Unidas», cual asegura Pemán con viciosa despartería.

Abogamos con él «por el retorno del mundo —especialmente el occidental— a los principios rectores de un legislador —Dios— que parece tener sobre el mundo, puesto que lo creó, más títulos que Buda, Mahoma o la pura Razón.»

JULIO RIBAGORZA

Los mas famosos turrone

desde 1880 hasta nuestros dias



PIDALOS

EN LOS MEJORES ESTABLECIMIENTOS

Controversia entre Kennedy y el episcopado católico

Los cardenales Spellman y Cushing, en desacuerdo

Por DREW PEARSON

WASHINGTON.— (Crónica de Agencia Zardoya exclusiva para «La Voz de Galicia»).

Durante este pasado fin de semana, llegó a Washington el secretario de Estado de la Santa Sede, cardenal Amleto Giovanni Cicognani, quien fue por más de un cuarto de siglo delegado apostólico del Vaticano en los Estados Unidos. Se dice que fuera de su misión oficial, tiene también por objeto su visita allanar las dificultades que existen entre la Iglesia Católica y el primer presidente católico de los Estados Unidos.

Desde 1937, año en que el difunto Pío XII, a la sazón cardenal Eugenio Pacelli, viajó a los Estados Unidos, ningún secretario de Estado de la Santa Sede había dejado el Vaticano para venir a Washington. La misión del cardenal Cicognani había consistido en tratar de poner fin al cisma que existía a raíz de las emisiones de radio por las cuales el padre Coughlin de Royal Oak, Michigan, atacaba a miembros de otras confesiones religiosas. Se cree que la misión del cardenal Cicognani tendrá un carácter similar, si no más importante.

No es un secreto que el Vaticano está preocupado en cuanto a la controversia que existe entre el presidente Kennedy y los obispos católicos norteamericanos, con respecto al programa de gobierno de ayuda a la educación. No solamente los obispos no sacaron ninguna ventaja de esta disputa, sino que contribuyeron a crear una tensión tal en las relaciones entre la Iglesia y el católico medio, que el 19 de noviembre el arzobispo Egidio Vagnozzi, sucesor de Cicognani como delegado apostólico, creyó necesario decir a los feligreses con motivo de un desayuno de fin de comunión en Filadelfia, que «los católicos romanos deberían tener confianza en sus obispos aun en materia de controversia. Saben lo que están haciendo. Quieren salvar a la educación católica».

Un prelado juicioso
El cardenal Cicognani es uno de los miembros más sabios del clero católico que hayan estado en misión en Washington. Su firme benigna sabiduría ha guiado a la Iglesia a través de muchas controversias difíciles, inclusive la crisis nacida a consecuencia de la política de separación racial en las escuelas del sur de los Estados Unidos. Conoce personalmente a cada obispo y arzobispo en los Estados Unidos, conoce sus defectos y sus virtudes, sus antecedentes y sus ambiciones.

Y está al tanto de las diferencias que existen entre el ala derecha de la Iglesia, encabezada por el cardenal Spellman de Nueva York, un exámbito de Joseph P. Kennedy y que ahora no se muestra muy amistoso hacia su hijo, el presidente John F. Kennedy, y el ala liberal de la Iglesia, dirigida por el cardenal Cushing, el primer prelado católico en tener un contacto efectivo con la Casa Blanca.

En dos importantes ocasiones, el cardenal Spellman se ha opuesto energicamente al primer presidente católico de los Estados Unidos. Primero expresó su determinación de hacer obstruc-

ción al proyecto de ley de ayuda a la educación presentada por el presidente Kennedy. En segundo lugar, el cardenal inspiró la decisión del representante James G. Delaney de Nueva York de votar contra el proyecto en la Cámara de Representantes.

Se atribuye también a Spellman la iniciativa de haber estimulado a su amigo, el obispo Monulty, de Puerto Rico, en su ataque contra el gobernador Muñoz Marín, cuando éste autorizó la enseñanza del control de la natalidad. El ataque causó daño a Kennedy en vísperas de las elecciones, porque incluyó instrucciones directas de la jerarquía católica de votar contra el partido de Muñoz Marín. Finalmente, ésta ganó, y Kennedy ofreció recientemente una comida formal en honor del gobernador.

Los que guían los destinos de la Iglesia Católica no quieren que se repitan estos ataques directos contra el primer presidente católico de los Estados Unidos.

Tal es, indudablemente, una de las razones del viaje a los Estados Unidos del secretario de Estado de la Santa Sede. Frente a la situación antagónica que existe entre el cardenal conservador Spellman y el cardenal liberal Cushing, el cardenal Cicognani pondrá probablemente todo el peso de su influencia en respaldo del cardenal Cushing y de su amigo el presidente Kennedy. (AGENCIA ZARDOYA - EPS).

ANUNCIENSE EN LA VOZ DE GALICIA

corredoira

Grandes descuentos por renovación de existencias

- * COMEDORES
- * DORMITORIOS
- * TRESILLOS
- * LAMPARAS
- * BUTACAS
- * MESAS
- * SILLAS
- * ETC.

COMPARE PRECIOS

San Andrés, 20 y 22
LA CORUNA DORREGO

VICTORIA ARMESTO "UN JOVEN SNOB"

Los rumores sobre la quinta abuela judía de Góngora eran atizados por don Francisco de Quevedo y Villegas, que se preparaba para dar el golpe de gracia a su infeliz enemigo.

1625 es un año fatal para Góngora. Está mal de la vista; a pesar de la excelente administración de Mari Rodríguez, el estado de su bolsa es calamitoso; aburrido por las incansables peticiones, Olivares ya no le hace caso; no tiene ropa; se le estropea el coche, doble motivo para no pisar la calle. Ya no le queda a D. Luis más refugio que su casa y pronto no le quedará ni eso.

Intenta hallar la salida de su laberinto y se dice: «Todas las tentativas que escribí en mi juventud tenían mucho éxito en Córdoba y en otras partes. ¿Por qué no editarías? Pasaré un poco de vergüenza, pero bendita sea si me trae algún dinero.»

Los amigos celebraron esta precencia y Góngora habló pomposamente del «mercado de América».

Mencionar el «mercado de

América» como posible fuente de enriquecimiento sigue siendo hoy costumbre entre los escritores españoles. La persistencia de esta costumbre demuestra cuán poco cambian los países a través de los siglos. Lo cierto es que el «mercado de América» casi siempre se muestra esquivo y tan ilusorio como la reina Calafia o la fuente de la eterna juventud.

Para salir de sus deudas y prosperar, Góngora decide, pues «dar al molde mis pequeñas peculiaridades». Fue una decisión heroica y, por lo menos, Góngora esperaba sacar suficiente dinero para arreglar o reemplazar el coche.

¿Dónde estaban las poesías? Góngora descubrió con cierto asombro que no conservaba los originales. Había sido tan prodigo con sus versos como con su dinero, y ahora había que recogerlas de labios de las gentes (muchos de sus romances formaban ya parte del tesoro popular) o pedirles a los amigos y conocidos que las conservaban. Esta contrariedad produjo cierta desazón en Góngora; se apresuró a escribir a su confidente de Córdoba, diciéndole: «No he guardado ni un solo verso... por favor búscuelos en Córdoba y, si es necesario, páguelos.»

En efecto, Góngora tuvo que pagar sus propios versos, quizá un caso extraordinario en la historia de la Poesía.

Tal detalle prueba mejor que ningún otro cuál era su verdadero carácter.

Góngora no iba a ver sus poesías editadas, y ante sus esperanzas se alzó una muralla no menos alta que la que separa hoy los dos Berlines.

El dueño de la casa donde vivía Góngora, y al que Góngora pagaba mal y tarde, la puso a la venta.

El desconsuelo de Góngora cuando el dueño encontró un comprador indica que hace trescientos años ya Madrid sufría escasez de viviendas. Es posible, igualmente, que sobran las casas, escaseaban las medianas y que tener una casa de «renta antigua» fuera ya considerado un privilegio.

A nuevo dueño, nuevo inquilino. A Góngora le pusieron de patitas en la calle. ¿Quién era el comprador que así le echaba?

La «Muka» seguía persiguiendo al viejo poeta: era Quevedo.

Quevedo, en 1625, se encuentra en la plenitud vital y artística. Estaba escribiendo, o acababa de escribir, el Buscón, su obra maestra. Quevedo era admirado incluso por los cortesanos que habían de perseguirle más tarde. Tenía dos casas en Madrid, a más de sus propiedades en Torre de Juan Abad y, en realidad, no necesitaba de ninguna, pues acostumbraba a pontificar desde una posada. Desde las posadas, Quevedo escribía a sabios humanistas europeos que le estimaban como un igual, cuando no como un maestro.

¿Por qué compraba Quevedo la casa de Góngora?

¿Lo hacía por odio hacia el viejo poeta y para «desinflar» el movimiento gongorino?

¿Lo hacía en verdad porque deseaba aquella casa «tan pequeña como un dedo!» en la calle que hoy se llama «de Quevedo»?

Es indudable que Quevedo pretendió asestar al gongorismo un golpe de gracia, declarando que entraba en la casa de Góngora sólo para desinfectarla de espíritus inmundos.

«Y pagaba Quevedo porque compró la casa en que vivían hirviendo a Polifemos Estantios Cotoneros tenebrosos y sombríos, y con tufo tan vil de soledades que para perfumarla y desgongorizarla de vapores tan crasos quemaba como pastillas, Garcilla» [505.]

Con esta copla que pronto conoció todo Madrid, Quevedo mató a Góngora, pero sólo a Góngora. Fue incapaz de matar al gongorismo, que siguió viviendo y prosperando en tal forma que el propio Quevedo había de contagiarse de la pegajosa enfermedad. Si el culterianismo era un virus, a Quevedo no le valieron de nada los «Garcillas», y el creador del Buscón cayó a su vez en la ambigüedad conceptualista. Esta fue la venganza de aquel a quien Quevedo llamaba:

«Alguacil del Parnaso, Gongorilla».

Ya las horas de Góngora están contadas. Ya no espera nada de los hombres ni mendiga en las antecámaras de ministros. Y al dejar de duplicar a los grandes, los grandes parecen aplazarse de él. La reina envía su médico y el médico mueve la cabeza apesadumbrado. Góngora ha salido de su primer ataque de apoplejía, pero no podrá resistir el segundo.

Es el año 1627. Góngora tiene 66 años y pierde la memoria. Se le olvidan las cosas inmediatas y recuerda en cambio las muy lejanas: su infancia, cuando no se rompió la cabeza gracias a San Alvaro; cómo jugaba al toro en las plazas de Córdoba; las rogativas y funciones solemnes en ocasión de Lepanto; su llegada a Salamanca como un estudiante de cánones. Se acuerda de su catedrático, Fray Luis, y de sus compañeros, aquellos alegres y jactanciosos nobles... La nostalgia pesa sobre el corazón del viejo poeta y acaso recuerda también las estrofas de Jorge Manrique, que supo expresar, mejor que ningún otro poeta español, la fugacidad de las horas alegres de la juventud:

¿Qué se hizo aquel trovar las músicas acordadas que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían?

¿Qué se hizo aquel trovar las músicas acordadas que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían?

¿Qué se hizo aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían?

¿Qué se hizo aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían?

Don Luis de Góngora y Argote hace testamento, «que no es sino un largo reconocimiento de sus deudas», dicen sus biógrafos.

Góngora debe al sastre, al zapatero, al lencero, al bicochero y a sus tres criados: Mari Rodríguez, Urbanito y Periquito. Como todos los hombres desaharrados económicamente, Góngora no pagaba al día y, quedando sus gastos a deber, las cuentas se multiplicaban en las libretas de los acreedores. Para salir de apuros se entrapaba aún más. Debía dinero a duques, a obispos, a caballeros calatravos, a prestamistas y hasta a sacristanes.

En la hora suprema de su vida, Góngora debió advertir la rapacidad e ingratitud de sus sobrinos. Ni les recuerda ni les deja un alfiler, y ellos —enfadados por no heredar— se ven garron privándole del epitafio.

En consecuencia, los huesos de Góngora se perdieron, como se perdieron los de Cervantes, los de Quevedo, posiblemente los de Fray Luis y los de Lorca. Es bastante corriente entre nosotros el perder huesos ilustres, tan corriente por lo menos, como si las circunstancias son propicias, el pasear restos reverenciados. En este descuido y en esta devoción —en que a través de los tiempos se han complacido por igual las fuerzas conservadoras y las liberales— se encuentra quizá una de las claves del carácter nacional. O quizá esa clave haya que buscarla en ese río que tiene la curiosa costumbre de meterse bajo tierra. «España, la tierra del olvido» —suelen decir los escritores extranjeros cuando, después de conocerlos, escriben sus impresiones.

Al final de los años cincuenta, un periodista y polemista inglés llamado Gerald Brennan visitó Andalucía. Poeta el mismo, pretendido de España como tantos otros ingleses, se pasó escribiendo sus notas al modo de «Don Jorgito» o de Richard Ford. Es el suyo uno de tantos libros que sobre España se han escrito y, no teniéndolo a mano en este momento, malamente recuerdo las nostálgicas páginas que a Góngora dedica.

Brennan visitó la «Huerta de San Marcos», donde Góngora escribió sus «Soledades», y apenas si encuentra unos restos desolados, tan melancólicos, o más, que Numancia. Cuenta la historia y decadencia de la finca que la incuria de los últimos dueños impulsó a la decadencia actual abandonándola en manos de harapientos colonos, que allí encontró Brennan y a los cuales tuvo la humorada de preguntar si habían oído hablar nunca de Góngora.

Ni el recuerdo quedaba del poeta, ni rastros del bellísimo jardín moruno. Gerald Brennan se interna en la campiña y hace reflexiones sobre la fugacidad de las glorias humanas.